
EL PROFESOR EMILE BRUMPT Y LA PARASITOLOGIA EN AMERICA

MANUEL MARTINEZ BAEZ
Instituto de Enfermedades Tropicales.
México. D.F.

Para tratar debidamente el tema que me ha sugerido nuestro diligente Secretario Perpetuo, sería necesario tener cualidades de erudición, de método y de técnica que yo no tengo, y haría falta, también, disponer de tiempo suficiente, del que carezco. Sólo me impulsan, para solicitar vuestra atención por unos instantes, mi deseo invariable de servir a nuestra Sociedad, por una parte y, por la otra, el de aprovechar la ocasión que se me ha ofrecido para expresar, una vez más, mi aprecio, mi respeto y mi afecto, muy profundos y sinceros, hacía quien fue en toda la extensión de la palabra mi maestro y que me hizo la inmerecida honra de tratarme, además, como su amigo.

Analizar los trabajos que el Profesor Brumpt realizó en relación con la Parasitología en América y, especialmente, sobre la actitud con que realizó esos trabajos, tendría que ser mucho más que un mero relato de hechos. Al enumerar éstos, al revisarlos, tiene que surgir una serie de consideraciones que salen ya del campo mismo de la Parasitología y que pertenecen a otros, como son el de la historia de las ciencias, el de la cooperación internacional en el trabajo intelectual, el de la lucha contra las enfermedades y por la salud de las colectividades, el de la comprensión entre los hombres de diversas patrias, lenguas y culturas. Más de una enseñanza trascendental se desprendería naturalmente del adecuado tratamiento de tal tema y muchos ejemplos surgirían, capaces de servir de norma y de estímulo para modificar actitudes, para desvanecer prejuicios y para evitar errores que no pocas veces han tenido resultados lamentables para el trabajo científico y para la mejor comprensión entre los trabajadores intelectuales en el mundo.

He de limitarme, ya que no puedo hacer más ni mejor, a echar un vistazo sobre el papel que el maestro desaparecido desempeñó en relación con la Parasitología en América, recurriendo, más que a otra cosa, a mis recuerdos, que siento que han de ser en mí inmarcesibles, y que a menudo me dan el placer de revivir aquellos días en que cerca del maestro sentía ejercerse sobre mí el noble influjo que emanaba de su saber, vastísimo y profundo, de su entusiasmo infatigable, de su ingénita bondad y de los sencillos pero nobles ideales que animaron su vida.

El Profesor Emile Brumpt representa, a mi manera de ver, toda una etapa en la historia de la Parasitología. Por circunstancias especiales, tuvo que aplicar su actividad como investigador, como maestro, como autor y como consejero técnico a todo el inmenso campo de la Parasitología humana. Esta magna labor, imposible ya de ser siquiera intentada en su conjunto por una sola persona, comprendió, efectivamente, el estudio de todos los seres que han sido descritos como parasitando, raras veces o a menudo, accidental u obligatoriamente, al hombre, y como para comprender mejor muchos aspectos de la Parasitología humana el Prof. Brumpt estimaba, con razón, la necesidad de no ignorar ni menospreciados los estudios de Parasitología comparada, particularmente los que se realizan dentro del campo, vasto y riquísimo, de la Parasitología veterinaria, el campo abarcado por el maestro fue tan vasto, que causa asombro pensar cómo pudo saber tanto de tantos asuntos y cómo pudo alcanzarle su vida para rendir tal acopio de labor.

Esta necesidad —deliberadamente rechazó, para evitar equívocos, el nombre, que también podría dársele de ambición— que sentía el Prof. Brumpt de estar debidamente enterado de todo cuanto estaba relacionado con la disciplina que fue el objeto único de su vida, lo llevó a buscar, en todas las fuentes para él asequibles, datos nuevos o antiguos que le permitieran acreditar, precisar y fijar sus conocimientos. Viajó por casi todo el mundo; en sus viajes busco siempre las fuentes originales de información: los seres humanos parasitados, los parásitos mismos, los vectores de éstos y para llegar mejor a esas fuentes, puso el mayor empeño en relacionarse directamente con todos aquellos que se dedicaban, en grande o en pequeño, exclusivamente o sólo de modo accidental, a trabajos de Parasitología.

Es sencillamente natural que tal necesidad despertara y mantuviera siempre vivo el interés del Prof. Brumpt por la Parasitología en América, y, especialmente, por la Parasitología en América Latina. Quede entendido que aquí las palabras América y americano no tienen la connotación que indebidamente se les suele dar en los Estados Unidos de América.

El continente americano, y muy particularmente aquella parte del mismo que está dentro de la zona biogeográfica neotropical y la de transición entre ésta y la neártica, tienen, por supuesto, características especiales y del más alto interés para quien quiera que explore alguno de los múltiples sectores que integran las ciencias de la vida. Esas características existen en relación con la Parasitología humana. Además, en América se han establecido parasitosis humanas venidas de otras zonas del mundo; el descubrimiento y la colonización trajeron a nuestro continente parasitosis originarias de Europa y de Asia; el tráfico con algunos puntos del Extremo Oriente y de zonas cercanas dió también a América su contingente de parasitosis y, sobre todo, el comercio de esclavos negros, floreciente desde principios del siglo XVI hasta muy avanzado el XIX, permitió que se implantaran en carne americana no pocas parasitosis originalmente africanas. Estas circunstancias hacen de nuestra América, para la pasión del investigador, por fortuna, y por desgracia para nuestros pueblos un filón riquísimo que explotar y un caudal de problemas que plantear y resolver, para acrecentar el saber y para poner ese saber al servicio de la noble causa del mejoramiento de la salud de los pueblos americanos.

Nada de extraño tiene, pues, que el Profesor Brumpt haya manifestado constante, activo y vivísimo interés por la Parasitología americana, comprendiendo en ello la investigación personal, el conocimiento de la obra de los investigadores americanos, el trato personal con estos investigadores, la difusión de los conocimientos respectivos y la lucha contra las parasitosis.

Quienquiera que desee enterarse de las actividades científicas del Profesor Brumpt, tiene una fuente pródiga en qué abreviar: los escritos del maestro; sus artículos, sus comunicaciones a las sociedades científicas, y sobre todo, la obra monumental de su vida, su inigualable "Precis de Parasitologie" cuyo alto valor es reconocido sin regateos por propios y extraños. Una revisión de la obra a que me he referido pondrá de manifiesto la amplitud y la profundidad del interés del Prof. Brumpt por las cuestiones Parasitológicas americanas y las aportaciones que hizo al conocimiento de las mismas. No hay un solo capítulo, referente a alguna de las parasitosis existentes en América, en que no se encuentren referencias a investigaciones hechas directamente por el maestro o mención de trabajos hechos por investigadores americanos. Por supuesto, cuando el capítulo trata alguna de las parasitosis propias de América, estas referencias son más numerosas y destaca más notablemente la participación de los investigadores americanos. Habría querido hacer una revisión tal, siquiera fuese somera, para traer aquí su resultado pero confieso, que me ha faltado el tiempo, no la voluntad, para semejante tarea.

Para dar sólo un ejemplo, me referiré al prólogo que el maestro escribió para la VI edición, la última, de su "Precis". En este prólogo el Profesor Brumpt menciona los progresos realizados por la Parasitología en el lapso que media entre la aparición de la V y VI ediciones de su obra. Vemos que a pesar de que la Guerra Mundial II, causante del desastre de Francia que tan honda y sinceramente afligió nuestros corazones, aisló a los hombres de ciencia franceses del conocimiento de la producción científica mundial por algunos años, la actividad prodigiosa del maestro llenó las lagunas que resultaron temporalmente de aquel aislamiento. En ese prólogo se hace frecuentemente referencia a América. Vemos así que el maestro menciona su viaje a México y a Guatemala realizado en 1938 en compañía de su hijo, el hoy Doctor Lucien Brumpt y el que realizó en 1939 a La Martinica, Guadalupe, Panamá Colombia y Venezuela. Cita los progresos alcanzados en el estudio de las leishmaniasis americanas, cutánea y visceral, de la enfermedad de Chagas, de la fiebre manchada en México, de la parasitosis por *Trypanosoma rangeli*, de la bartonelosis, en que tanto se ha distinguido su discípulo David Weinmann; de las cercarias que accidentalmente invaden la piel del hombre en América Central; de las infecciones con *Railletina* en Ecuador; de la oncocercosis, en cuyo conocimiento tan brillante papel han desempeñado Guatemala primero y México después.

En el cuerpo de su obra se hallan referencias a América a propósito de la fiebre recurrente, del mal del pinto, de la fiebre manchada y otras rickettsiasis, de la amibiasis, del paludismo, de las leishmaniasis, de la enfermedad de Chagas, de la toxoplasmosis. Lo mismo ocurre a propósito de varias helmintiasis por tremátodos, por céstodos y por nemátodos, entre estas últimas especialmente de la oncocercosis. Las referencias son también abundantes en relación con los artrópodos parásitos, sobre todo los ixodoideos. En la sección de Micología pululan las citas de autores americanos. De esta suerte se acata la verdad científica y se hace al mismo tiempo, divulgación de la labor de los investigadores americanos.

Citar con algún detalle las cuestiones parasitológicas relacionadas con América, en que el Prof. Brumpt intervino con estudios originales de investigación, llevaría más tiempo que el que me es permitido ocupar hoy; mencionaré, a guisa de ejemplos, solamente algunas.

A propósito de la fiebre recurrente, mediante trabajo experimental laborioso confirma el hecho, encontrado por Tejera, de la transmisión de *Spirochaeta venezuelensis* o *Sp. neotropicalis* por *Ornithodoros venezuelensis* u *Ornithodoros rudis*. Aprovecha uno de sus viajes a los Estados Unidos para estudiar el foco de Texas, debido a

Spirochaeta turicatae, transmitida por nuestra turicata *Ornithodoros turicata*. En una de sus visitas a México se ocupa también de este asunto y publica algunos artículos con la colaboración de nuestro Dr. Mazzotti. Inspira la tesis de su discípulo Coulon sobre la inoculación experimental al hombre de *Sp. venezuelensis* y estos trabajos y otros, sobre distintas especies de parásitos, lo llevan a formar, mantener y acrecentar crías de Ixodoideos para lo cual usando su ingenio, encuentra métodos nuevos, sencillos y eficaces.

El Mal del Pinto atrae poderosamente su atención. En su primer viaje a México inquiriere, se documenta, examina a enfermos, y se entera a fondo de los trabajos aquí realizados sobre el tema. Escucha atentamente a González Herrejón y en la siguiente edición de su obra expresamente se declara, según sus propias palabras, "partidario convencido de la hipótesis treponemiásica de González Herrejón". Para este trabajo realiza un viaje a Iguala y a puntos cercanos, en el que despliega su laboriosidad característica y acopia toda clase de datos sobre el asunto. Así, el capítulo respectivo de su obra abunda en citas de investigadores latinoamericanos y especialmente mexicanos, como Montoya y Flores, Ruiz Sandoval, Iris, Latapí, Maruri, Toussaint, Varela, Mazzotti, Avila, Zozaya, Castro, Estrada, Aguirre, Pequeño, Restrepo, Ucros, Armenteros, Grau, Triana, León y Blanco, Peña Chavarria, Moya, Tejera, Silva, etc. Finalmente, tuvo la suerte de bautizar el germen previsto por González Herrejón y encontrado en Cuba, con el nombre de *Treponema carateum*, un poco antes de que León y Blanco hiciera lo propio, sugiriendo el nombre de *Treponema herrejoni*. Personalmente considero lamentable que la ley de prioridad haya nulificado el homenaje que tan justamente hizo León y Blanco al querer perpetuar el nombre de González Herrejón dándole al germen que genialmente éste adivinó.

Las rickettsiasis y especialmente el tifo clásico, el tifo marino, la fiebre manchada, fueron también asuntos que personalmente exploró y en los que hizo importantes contribuciones. Nueva ocasión le dan los capítulos de rickettsiasis, de piojos, de pulgas y de garrapatas para citar trabajos americanos. Ricketts, Wilder, Parker, Ruiz Castañeda, Mooser (suizo, pero también mexicano), Zinsser, Varela, Lemos Monteiro y otros más aparecen mencionados en justas referencias. Recuerdo que personalmente me contaba como había encontrado experimentalmente la capacidad transmisora de nuestra "conchuda", *Amblyomma cajennense*, para infectarse y transmitir el virus de la fiebre manchada, y como me decía con certera visión: "Deben Uds. estar alerta; pueden tener también la fiebre manchada".

Las famosas investigaciones de Chagas, que condujeron al descubrimiento del *Schizotrypanum cruzii*, al poder vector de los Triatomas para este germen y a la acción patógena del mismo como causante de la enfermedad que universalmente es conocida con el nombre del gran investigador brasileño, lo sedujeron y fueron punto de partida para múltiples trabajos que personalmente realizó. Recordemos aquí que hasta un procedimiento de investigación original, el xenodiagnóstico, que él inventó y bautizó, tiene relación con la enfermedad de Chagas. Desde 1905 se servía ya de algunos huéspedes para conocer mejor a ciertos parásitos pero fue en 1914 cuando formalmente comunicó su nuevo método de diagnóstico a la Sociedad de Patología Exótica de París, en una nota que intitula: "El Xenodiagnóstico. Su aplicación al diagnóstico de algunas infecciones parasitarias y en particular a la enfermedad de Chagas". Sabido es que este recurso de investigación es hoy corrientemente empleado para descubrir casos de infección por *Schizotrypanum cruzi* cuando la busca directa del parásito da resultado negativo.

La leishmaniasis cutánea americana es también objeto de sus trabajos. Recoge documentos originales, los prepara él mismo en sus viajes; experimenta y observa, publica y divulga y ésta es nueva ocasión para hacer sonar, en los medios científicos de Europa, nombres de hombres de ciencia americanos.

En el vasto campo del paludismo se encuentra otra vez manifiesto su interés por aspectos y trabajos americanos. Además de referirse, como no podía menos, a los valiosos trabajos de tantos hombres de ciencia norteamericanos que suministraron los primeros recursos eficaces para la lucha antilarvaria, como el petróleo, el verde de París, los pececillos americanos larvífagos *Gambusia* y otros, hasta los últimos y asombrosos por su eficacia como la aplicación del DDT y la aportación de nuevas drogas antipalúdicas, cita siempre los trabajos latinoamericanos sobre esta cuestión y lleva consigo, para servirse después en su labor de enseñanza ejemplares de mosquitos, de peces larvífagos, de bromeliáceas que dan criadero a especies de *Anopheles*, de redes de alambre, fotografías de instalaciones y de equipos, todo un arsenal que al ser exhibido después ante públicos europeos dirá con la elocuencia de los hechos, cómo se trabaja en América en relación con cuestiones científicas de tan grande interés humano como el paludismo.

Los helmintos le dan ocasión para nuevos estudios y exploraciones en América. Todo lo principal que en relación con ellos se ha hecho en nuestro continente es anotado minuciosamente y en persona acude a hospitales, dispensarios, aldeas y villorios, mataderos, a dondequiera que espera obtener un dato o un documento. Recuerdo al respecto cómo hizo especialmente un viaje al lago de Patzcuaro, para buscar las cercarias que en algunos puntos de sus riberas y en ciertas épocas del año causan una forma particularmente intensa de dermatitis de los

bañistas. Hizo que su hijo Lucien pasase horas enteras con las piernas desnudas sumergidas en el agua del lago, como cebo para atraer a las cercarias; buscó y disecó gran número de caracolillos de las riberas buscando en ellas las cercarias antes dichas.

En la oncocercosis halló uno de sus temas de estudio favoritos. Impresionado con el hallazgo de Robles, el gran médico guatemalteco, y dando crédito cabal a los estudios de éste, pensó que la especie guatemalteca y mexicana de la oncocerca es una especie distinta a la africana. Las aseveraciones de Robles fueron todas la verdad misma; la falta de estudio, por entonces, de la enfermedad en Africa, fue responsable del error del Prof. Brumpt al considerar diferente la especie americana de la africana. El capítulo de la oncocercosis, en su libro varias veces citado, está lleno también de citas de autores mexicanos y guatemaltecos. González Herrejón, Dampf, Hoffman, Vargas, Ochoterena, Torroella, Silva, Torres Estrada, Mazzotti, Viniegra, Barragán Callejas, Pacheco Luna, Calderón, Díaz, Marroquín, Estévez y muchos más, han dejado sus nombres en un libro de texto europeo y sus trabajos encuentran así divulgación y aprecio.

La Micología es una de las ramas de la Parasitología en que el Prof. Brumpt trabajó, guiando primero y siguiendo después a su gran colaborador, el modesto y valiosísimo Dr. Langerón, y en él se encuentran con mayor abundancia referencias y citas, observaciones y experimentos relacionados con América. Los hongos de los micetomas, de las epidermomicosis, sobre todo los de las tiñas, los de las micosis generalizadas, le dan ocasión de referirse a trabajos hechos en nuestro continente. Tejera, Guerra, Talice, González Ochoa, Da Fonseca, Pedroso y muchos más, reciben, como siempre, crédito justo y mención amplia: Recuerdo personalmente la atención con que se enteró de la aplicación del acetato de talio en el tratamiento de las tiñas, obra de nuestro Ricardo Cicero y justamente conocido en el mundo como "tratamiento mexicano de los tiñas". Yo lo oí en París varias veces expresar su convicción sobre la excelencia de tal tratamiento, sobre la superioridad de éste sobre el tratamiento radioterápico de Sabouraud, entablando a veces discusiones con incrédulos e informando a los ignorantes. En su libro de texto aparecen, después de su primera visita a México, reproducciones de fotografías sobre la aplicación y los resultados de este tratamiento.

Para ejemplos, parece que con los expuestos es ya bastante. He querido hacer notar hasta qué punto el Prof. Brumpt fue un divulgador de los trabajos científicos en Parasitología realizados por investigadores latinoamericanos. Antes dije que puso especial interés, tratándose de la Parasitología americana, en los trabajos hechos en esta parte de América que es la nuestra, la América Latina. Creo que debo explicarme un poco más al respecto. El profesor Brumpt estaba enterado y estimaba debidamente los trabajos parasitológicos hechos en los Estados Unidos de América, pero estimaba que tales trabajos, abundantísimos y del valor más alto, encontraban siempre debido a circunstancias obvias, amplia difusión y debido crédito. Por otra parte, naturalmente, biológicamente, es explicable que se interesara más por la América Tropical, que está íntegra dentro de la América Latina. Pero hay algo más que razones biogeográficas, lingüísticas y otras para explicar su predilección. Sentía claramente la afinidad espiritual que liga a todos los pueblos de civilización latina: se complacía en comprobar la influencia de Francia en la preparación de nuestros médicos y de nuestros biólogos; le interesaba impulsar estas relaciones, fomentar un intercambio y contribuía a éste de la manera más eficaz y más generosa, haciendo todo lo posible por difundir en el mundo europeo y, finalmente, en el mundo científico todo, el hecho de que también en los países de América Latina, que para muchos de sus compatriotas era y, por desgracia, es todavía para algunos, un montón de "petits pays chauds" se estudia, se sabe y se acrecienta el saber. En este sentido los viajes, las exploraciones, la correspondencia epistolar, los estudios y los trabajos del Prof. Brumpt han contribuido a las relaciones culturales entre Francia y los países latinoamericanos mucho más que las actuaciones de muchos diplomáticos franceses que ignoraban o parecían ignorar esos lazos espirituales, esa influencia cultural, esa compenetración entre Francia y los países nuestros. Por fortuna, comprobamos en estos últimos años que esa indiferencia o esa ignorancia han dado paso a actitudes diferentes y esperamos que no sea ya demasiado tarde para que los eternos valores de la ciencia y de la cultura francesa sigan teniendo entre nosotros el prestigio, la actualidad, la vida que tuvieron en el siglo pasado y en los años que precedieron a la primera Guerra Mundial.

Al proceder como antes digo, el Profesor Brumpt ponía en juego ideas y sentimientos que en él tenían fuerza de convicción y arraigo de sinceridad. Hombre de ciencia, a fondo, el Prof. Brumpt sabía que la ciencia se hace con la aportación de todos, que la investigación científica no es patrimonio exclusivo de tal o cual raza o grupo étnico, que quienquiera que trabaje y estudie con empeño, con método y con honradez científica puede hacer valiosas aportaciones al saber. Quiero decir aquí que este sentimiento encontraba en el Profesor Brumpt otras manifestaciones menos conocidas o aparentes. Después de la guerra mundial primera hondamente impresionado por semejante catástrofe, quiso hacer en su medio y en su hogar, algo para borrar antagonismos entre franceses y alemanes; enviaba a sus hijos a pasar temporadas como huéspedes de algunos hogares alemanes y solicitaba y recibía en su propio hogar las visitas de algunos jóvenes alemanes. Por eso digo que su obra de divulgación de la labor parasitológica americana no era solamente el resultado de una erudición, o de un sentimiento de justicia, sino

que correspondía a una actitud deliberada y sentida. Muchas veces le oí, en sus lecciones en la Facultad de Medicina de París o en los cursos de especialización en Salubridad, en Malariología, en Micología o en Enfermedades Tropicales, hacer citas amplias y elogiosas de los trabajos, así de investigación como de lucha contra la parasitosis, que se realizaban en Latinoamérica; más de una vez escuché de sus labios que había mucho que aprender de sus colegas americanos y siempre que citaba el nombre de alguno de éstos no lo hacía fríamente, sino con calidez de afecto. Parece que le oigo todavía referirse a "mon ami Beurepaire-Aragao", "mon collegue Talice", "mon ami Tejera", "mon collegue Mazzotti". Siempre hacía preceder el nombre del citado por una de estas palabras: "mi amigo", "mi colega", cuando no las mismas con algún epíteto elogioso: "mi ilustre amigo", "mi inteligente o mi laborioso colega", etc. Este rasgo era uno de los que principalmente contribuían a hacer que nosotros, los extranjeros en Francia, asistentes a sus cursos, no sintiéramos esa calidad de extranjeros estando a su lado y más de una vez nos enorgullecimos al ver que en una cátedra universitaria de Francia, que en el Instituto de Parasitología de París, la labor de nuestros compatriotas —al decir compatriotas me refiero a todos los latinoamericanos— era debidamente expuesta, justamente ensalzada y que salía así de la ignorancia y del olvido a que la condenaban prejuicios, cuestiones de lenguas, hábitos y costumbres inveterados y acaso excusables, pero siempre injustos.

El Prof. Brumpt no hablaba de cuestiones americanas solamente por informaciones a distancia, por artículos leídos, por correspondencia cruzada, por referencias halladas al azar. Viajó mucho por sierras americanas. Fueron pocos los países nuestros que no le vieron explorar, buscar, preguntar, trabajar, en una palabra, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Venezuela, Panamá, Guatemala, Cuba, México, La Martinica y Guadalupe son si no todos, algunos de los países americanos que visitó. También, por supuesto, los Estados Unidos en donde tenía, como en todas partes, amigos, conocidos, admiradores.

Hizo dos viajes a nuestro país. El primero, en 1932; el último en 1938. Vino en 1932, con el Profesor Henri Roger, invitado por el Dr. D. Leonides Andreu Almazán, por aquel entonces Gobernador de Puebla, quien había conocido al Prof. Brumpt cuando en París hacía estudios de especialización en Salubridad y en Enfermedades Tropicales. El Doctor Andreu Almazán, con su fina sensibilidad, con su inquietud por las cuestiones sociales que nace de su enorme bondad y de su amplia comprensión, percibió y apreció las cualidades del Profesor Brumpt, algunas de las cuales he citado. Fue aquel un viaje de estudio como todos los suyos. Principió su trabajo en Veracruz mismo, instantes después de desembarcar, cuando buscaba—y halló—una especie de garrapata que suele parasitar a algunos grandes sapos tropicales. Fue a Chiapas y se empapó en el conocimiento de la oncocercosis; fue a Yucatán y encontró las primeras especies de flebotomos conocidas en nuestro país. Fue a otros lugares que no menciono por abreviar. En la capital, en Puebla, en Mérida, por dondequiera que fue, dió conferencias, visitó detenidamente las instituciones científicas médicas, buscó el trato de los médicos y de los biólogos mexicanos, hizo anotaciones, preguntó, recogió materiales, como aquellas grandes cucarachas de Yucatán, las garrapatas de muchos sitios, y las sanguijuelas y tantos más que después habíamos de ver cuidadosamente criados y reproducidos en su laboratorio de París. En su viaje a México, como a todos, lo acompañó su esposa, quien dió después una brillante conferencia sobre México, justa y veraz, bien ilustrada, en la Sociedad de Geografía de París.

Volvió en un segundo viaje, en 1938. Lo acompañó constantemente entonces el Dr. Mazzotti. Uno de sus temas de trabajo fue la exploración referente a la enfermedad de Chagas, que nuestro colega Mazzotti había encontrado poco antes por primera vez en México. Nuevamente recorrió varias zonas del país, explorando, trabajando, recopilando. En otro lugar he dicho cómo sentimos, sus discípulos mexicanos, la sinceridad del afecto del Prof. Brumpt por México y por sus hijos.

Para terminar, quiero hacer una referencia más a las relaciones entre la parasitología de América y la vida del Prof. Brumpt, o más bien, su muerte. Volviendo de México hacia Francia, en 1932, visitó el Laboratorio de la Fiebre Manchada en Montana y se llevó para estudiar unas cepas de la fiebre manchada de las Montañas Rocosas. Un día, mientras hacía alguna observación sobre un animal experimentalmente infectado con aquel virus, se hizo una pequeña herida en una mano. Poco después caía víctima de extrañal mal, con fiebre, con intensa postración, con un estado general gravísimo. Los médicos que le cuidaban no acertaban con el diagnóstico de aquel mal. Fue el propio Profesor Brumpt quien, en un momento de lucidez mirando unas manchas que había en la piel de uno de sus brazos dijo claramente, en tono familiar: "Amigo mío, estás perdido: tienes la fiebre manchada de las Montañas Rocosas". Y así fue cómo el terrible mal hizo presa en el hombre de ciencia. Estuvo luchando con la muerte largo tiempo; quince días en coma, sin más señal de vida que un hipo pertinaz, para salir, al fin, triunfante del mal, debido probablemente a que se aplicó una dosis de vacuna de Parker, insuficiente para inmunizarlo, pero acaso eficaz para salvar su vida. Para salvar su vida, por de pronto, por unos años. Solía decirme, mostrándome cómo al introducir sus brazos en agua caliente su piel se manchaba en los sitios que antes ocuparon las petequias de la fiebre manchada: "¿Ve Ud.? Así como estos capilares de mi piel no son como eran en su estado normal, así otros

capilares en mi organismo, en mi cerebro sobre todo, no son lo que antes eran". Un día comenzó a manifestarse en él un cuadro parapléjico. Los estudios médicos concluyeron que era consecuencia de hemorragias medulares. Tal vez hemorragias hechas a favor de un estado patológico de vasos capilares. Probablemente, reliquias de su fiebre manchada de 1932. Después, vino lo demás: su empeoramiento, lento pero continuo: su sufrimiento al sentirse inválido; su retiro; la etapa final. Hoy no existe ya. Recordémoslo como maestro, como amigo, como un divulgador consciente de la ciencia americana. Tanto se interesó en América, que en la intimidad de su organismo, América le dejó grabado un recuerdo que al fin acabó con él.